

José Gaos. *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*

José Luis Mora

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: José Gaos (1900-1969) se formó con una generación que tuvo una gran confianza en la vida humana como el principio radical al cual debía dedicarse la filosofía. Esto corregía el tradicional pesimismo heredado del Barroco que la generación del fin de siglo había hecho suyo. Al llegar a México, Gaos pronunció varias conferencias donde reflexionó sobre las dos grandes exclusivas del hombre (la mano y el tiempo), en las que ponía la esperanza para fundar una vida verdaderamente humana.

Palabras clave: Hombre, vida, mano, tiempo, filosofía.

Résumé : José Gaos (1900-1969) appartient à une génération qui appelait de ses vœux la reconnaissance d'un principe fondamental en philosophie : la confiance dans la vie humaine. Ce qui remettait en cause le pessimisme traditionnel hérité du baroque, auquel la génération de 98 avait adhéré. En arrivant au Mexique, Gaos donna plusieurs conférences dans lesquelles il proposait une réflexion sur ce qui est le propre de l'homme et de la vie humaine, à savoir, la main et le temps.

Mots-clés : l'homme, la vie, la main, le temps, la philosophie.

Reconocía Pedro Laín Entralgo, en la “Introducción” a su libro *El cuerpo humano. Teoría actual* (1988), precedido por otro dedicado al mismo tema titulado *El cuerpo humano. Oriente y la Grecia antigua* (1987), que

cuando daba sus primeros pasos la etapa de la cultura occidental que llamamos actualidad, avizoró Ortega que el hombre europeo –lo diré con sus propias palabras– *se dirige recto a una gigante reivindicación de su cuerpo, a una resurrección de la carne*. Era en 1926. Sesenta años más tarde –añadía–, en plena resurrección de la carne vivimos todos los hombres del planeta, no solo los europeos. La pasión por el cuerpo se hace a todos patente en la práctica y contemplación del deporte, en el exquisito cuidado de la salud, en el invasor auge de la dietética y la cosmética, en la arrolladora vigencia del sexo, en tantos y tantos rasgos más de la vida actual. Por otro lado, la meditación acerca del cuerpo viene siendo, a partir de Nietzsche, Bergson y Husserl, tema obligado para cuantos quieren conocer la realidad del mundo desde lo que esa realidad nos es más inmediata. Por todas partes, de mil distintos modos, nuestro cuerpo se nos ha hecho más-que-cuerpo¹.

Son 350 las páginas dedicadas en el libro, por este médico formado en la atmósfera constituida por las tradiciones de José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri, a dar cuenta exactamente de lo que el título quiere decir: “cuerpo humano”, en el cual lo verdaderamente relevante es el adjetivo. Junto a este libro son varios cientos más las páginas que dedicó a este tema quien fuera rector de la Universidad de Madrid y, sobre todo, catedrático de Historia de la Medicina, base de la Asociación de los historiadores de la ciencia y la tecnología en España. La coincidencia con filósofos como José Gaos, casi contemporáneo del propio Laín aunque con trayectorias intelectuales y políticas muy diferentes, y con Luis Villoro, a su vez discípulo del propio Gaos, fallecido hace tan solo tres años en México (2014), viene a constituir hasta nuestros días una tradición que se define por su sensibilidad a lo humano en el pensamiento escrito en lengua española.

Lo interesante de las anteriores palabras de Laín residía en el reconocimiento de que su generación, a la que pertenecía también José Gaos ocho años mayor, como decíamos, rector como Laín en la universidad madrileña aunque en circunstancias bien diferentes ya que Laín lo fue en los años cincuenta mientras Gaos lo fue al principio de la guerra civil en 1936, había llegado a tiempo de empaparse de una concepción de la vida que les fue dada más como soñada, o pensada y reflexionada si así se prefiere decir por ser ellos filósofos, que realizada ya que los acontecimientos apenas ayudaron a que sus proyectos tuvieran continuidad. Efectivamente, sus maestros, conocidos como Generación del 14, no habían ya vestido hábito talar alguno, se habían liberado de la herencia española mojigata que había penalizado el cuerpo en las interpretaciones antropológicas y, sencillamente, se disponían a vivir bien tanto como a un buen vivir². No eran, lógicamente, los primeros en sentido estricto pues la ILE había primado, ya desde hacía años, entre sus métodos pedagógicos, la actividad deportiva y la vida saludable y, no es menos cierto, que la primacía de la ciencia biológica estaba desarrollando, en la que se conoce como Edad de Plata de la medicina española con Santiago Ramón y Cajal como figura más representativa y con un buen número de médicos muy notables, todo un

1 Madrid, Espasa Calpe, 1988, p. 15-16.

2 No es casual que una joven como María Zambrano, joven estudiante de doctorado, pronunciara su primera conferencia en el Ateneo de la ciudad de Valladolid (1928) sobre la música, el deporte y el cine como referentes de una juventud que tenía fe ciega en la capacidad del ser humano por lograr una vida mejor. Cf. SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge, *Los felices veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

proyecto a favor de la salud creando una red de centros de higiene, favoreciendo la mejora de la alimentación infantil, etc. Efectivamente, fue un programa nacional para impulsar comportamiento e infraestructuras que mejoraran la higiene y, para ello, se emprendió la creación de la red de hospitales que trataban de mejorar la salud de las clases adineradas tanto como de las clases populares; ahí se inscriben la propuesta de creación de “cantinas escolares” o las campañas llamadas de la “gota de leche” para aminorar la mortandad de los recién nacidos. Son exponentes de la conciencia del valor de la “salud” cuando aún resonaba la descripción que Baroja había hecho de la deficiente alimentación de los obreros madrileños en su trilogía de *La lucha por la vida*. O cuando la esperanza (que no lógicamente la media) de vida a comienzos del siglo XX en la ciudad de Segovia era de unos 27 años; cuando las clases campesinas vivían en casas que eran más bien chozas con suelo de tierra o las ciudades padecían de zonas insalubres con malos olores o enfermedades infecciosas. Cuenta Constanca de la Mora³, la nieta de Antonio Maura, cómo los campesinos que cuidaban la casa de campo de sus padres, hablaban a gritos a su amiga inglesa a quien creían sorda por emitir sonidos para ellos incomprensibles cuando sencillamente hablaba en inglés. Eran dos caras de una España que tenía a Biarritz y Las Hurdes como las antípodas. Descubrir el placer, superar el dolor; vivir no en el valle de lágrimas sino en ciudades mejor equipadas y en montes de vegetación frondosa fue la finalidad de aquellos hombres y de algunas mujeres verdaderamente pioneras.

El desarrollo del deporte, de la música y del cine invitaba a esa vida que en los años veinte olvidaba las penurias de la falta de trigo con que hacer el pan o las carencias de otros productos que habían sido vendidos a los contendientes en la primera gran guerra. Al tiempo, no se podía olvidar cómo se habían lamido las heridas del desastre de Annual donde fallecieron varios miles de soldados en una guerra desastrosa. Cara y cruz de los años 20, *felices 20*, donde las costumbres francesas en el norte o el estilo británico en torno a Gibraltar⁴ llevaron a seguir las modas de ambos países en el vestir, en la vivienda, en la alimentación. Los vapores cruzaban las aguas con facilidad, bien del Cantábrico, bien de la bahía algecireña y los primeros automóviles permitían salir al campo o a visitar otras ciudades. El ferrocarril gozaba de una expansión notable. Algunas ciudades europeas como París comenzaban a ser cercanas. Podían adquirirse objetos valiosos, exóticos ante los ojos de quienes pocas cosas habían visto hasta hacer de ellos objeto de culto, de coleccionistas cuando no fetichistas. Pedro Gómez de la Serna fue uno de los más representativos de lo que significaba un armario lleno. No olvidemos lo buenos dibujantes que fueron todos, o casi todos, y el culto por el retrato pictórico o el desarrollo importante de la fotografía, para mostrar aquellos primeros cuerpos exultantes.

Era la libertad. Francia, Inglaterra o Alemania comenzaron a estar más cerca para quienes podían viajar. Sencillamente era más fácil hacerlo aunque hoy nos pueda merecer una sonrisa aquellas velocidades alcanzadas. La velocidad, sí, la velocidad de quienes podían disfrutarla al tiempo

3 MORA, Constanca de la, *Doble esplendor*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004. Nieta del líder del Partido Conservador, nacida en 1906 y fallecida en Guatemala en 1950, nos ha dejado unas interesantísimas memorias para conocer la España del primer tercio del siglo XX.

4 Así nos lo cuenta José Luis Cano quien fuera secretario de *Ínsula*, la revista que fundara Enrique Canito tras una estancia en Toulouse. Cano, natural de Algeciras, acompañaba a su madre cuando cruzaba en el vapor semanal la bahía que lleva el nombre de la ciudad, para llegar a la colonia inglesa con objeto de adquirir productos que les permitieran vivir de acuerdo al *British Style*. V. Mora García, J.L., “José Luis Cano: el poeta que hizo de escritores y lectores sus prójimos y los nuestros”, *Ínsula*, 817-818, Enero 2015, p. 10-13.

que las ciencias avanzaban ¡qué era una barbaridad! Ahí reside el acierto del título del libro de Carlos Serrano y Serge Salaün antes mencionado. A él me remito para los muchos detalles que ellos dan de la España de esa década en la que Laín decía haber asistido a la reivindicación del cuerpo humano, es decir, a una cultura nueva sobre la vida.

Fue, claro está, durante estos años cuando se produjo un fuerte desarrollo del conocimiento y su institucionalización. Cuando la Universidad Central tenía ya un plantel de profesores que serían los maestros de discípulos no menos famosos, pocos años después. Maestros y discípulos, revistas, periódicos... Se podía retomar aquella vieja máxima de la *ratio vivendi* del Renacimiento, dejar atrás la moral barroca necrófila y superar el pesimismo al que conducía la reflexión sobre el tiempo asociado a la idea de la vida fugitiva que camina inexorablemente hacia la muerte. El pensamiento se ponía ahora al servicio de la vida y el tiempo se convertía en lo duradero, la *durée* entendida como la durabilidad. La nueva psicología que fundamentó la Escuela Nueva, desarrollada precisamente en el ámbito francófono de Europa junto al pragmatismo norteamericano en otra línea, potenciaba una educación menos rígida y aburrida y nos descubría el valor de la infancia. No es casual que Ortega dedicara a “Los niños españoles” un texto en el que defendía la necesidad de que la pedagogía favoreciera el deseo y la imaginación como sus fines y que las palabras niño, niñez, infancia figuren más de trescientas veces en su obra⁵. Por eso se oponía a que se obligara a leer a los clásicos en la escuela, incluido *El Quijote*, y optara con buen tino por obras más afines a su edad como hoy se defiende. La educación, pues, se unía a ese espíritu y en el Ateneo de Madrid se debatió extensamente sobre el papel de la música y la educación física como partes importantes de la formación. Era la propuesta de la escuela unificada orientada a formar parte de una sociedad cohesionada y de la educación integral como base de la constitución de la persona individual y social. Sobre esto hemos escrito en el libro coordinado por Francisco José Martín y a él me remito⁶. Las ideas que vertió Ortega en su artículo de 1921 “Biología y Pedagogía” (1921)⁷ resumen de manera atinada a lo que aspiraban.

Mas no bastaba estudiar la vida, casi haberla descubierto en forma de amanecer; tampoco bastaba con vivirla o gozarla. Fueron consecuentes y no olvidaron su papel de filósofos: había que dotarla de sentido. En realidad toda la filosofía de estos años puede rotularse como el esfuerzo por dotar a la vida de sentido duradero, de eliminar de ella lo efímero pues hasta la circunstancia fue llamada a ser salvada una vez que fue rescatada del sentido heredado de la cultura barroca que la había utilizado para mostrar la fragilidad del hombre. Se trataba de dotar de duración a la circunstancia misma. En ese esfuerzo coincidieron los maestros y los discípulos. José Gaos estaba entre estos últimos cuando fue a Madrid a estudiar su doctorado en 1928 y pocos años más tarde, en 1931, cuando era ya profesor de esta universidad y compartía con Fernández Montesinos –gran galdosista y conocedor de toda la literatura española– clases en la asignatura de “Introducción a la Filosofía” a partir de 1933. Allí estaba ya la historia de la filosofía que incluía a los autores españoles con el bagaje de una larga tradición que no debatía sobre la vida pero que no sabía muy bien qué hacer con la vida corporal. Bien puede comprobarse esto cuando se ven los programas de sus asignaturas de la

5 Se publicó como texto manuscrito en un libro titulado *Nuestra Raza*, Reus, Editorial Hispano-Americana, 1928, p. 17-23.

6 MORA, José Luis, “Educadores en España: 1914” en MARTÍN, Francisco (ed.), *Intelectuales y reformistas. La Generación de 1914 en España y América*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 95-118.

7 Puede leerse en la edición de bolsillo cuyo texto principal es “Misión de la Universidad”, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1982, p. 95-136.

universidad madrileña y de las que enseñaría después en México. Sin estos antecedentes no hubiera escrito luego el texto motivo de nuestra reflexión. Y estaba ya, por entonces, la filosofía de franceses y alemanes que andaban dándole vueltas a lo mismo: el sentido de la vida, es decir, el esfuerzo por buscar dónde encontrarlo y, más aún, cómo poder fundamentarlo. Que Gaos tradujera pronto a Husserl fue importante; que hiciera un lectorado en Montpellier lo fue también y que luego fuera comisario del pabellón de la República en la Exposición de París no lo fue menos pues esa actividad le llevó a mantener un contacto intenso con artistas plásticos, escultores, etc., todos ellos de primer nivel.

Ahí estaban el hombre y la vida. ¿De la mano de Husserl? No lo niego, mas no solo pues me parece que había mucho más de la vieja herencia renacentista de lo que quisieron reconocer los pensadores discípulos de Ortega aunque a Gaos se le acaben escapando algunas citas delatoras sobre el propio Luis Vives o sobre Pérez de Oliva. Claro que entre aquellos años veinte y la mitad de los cuarenta no había ocurrido ni más ni menos que la guerra civil, la segunda guerra mundial y... el exilio.

Cuando nos referimos, pues, a los escritos de José Gaos desde los años 40 a los 60 no podemos olvidar que hablamos ya de una reconstrucción de lo planteado en los veinte pero con reposo, distancia y hasta con mayor finura en los momentos culminantes de su pensamiento. Y con experiencias muy negativas entre tanto. Es el tiempo de la escritura pero sin las condiciones, ¿podemos decir “circunstancias”?, de los veinte. La culminación sería el curso que bajo el título “Del hombre” impartió el año 1965, cuatro años antes de morir y que constituye el volumen XIII de las Obras Completas (1992). Antes había pulido esta joya labrada en las cinco conferencias que pronunció en la Universidad de Nuevo León (Monterrey) a finales de 1944, según nos da cuenta Teresa Rodríguez de Lecea en el prólogo de la edición de 1998⁸. Estaba en calidad de rector por esos años Antonio Moreno Garza, unos veinte años mayor que José Gaos, persona muy significada en la vida intelectual y política de México desde los años de la Revolución. Iba, según nos cuenta él mismo, ya por tercera vez a esta universidad que es hoy la tercera universidad de México. Curioso este ensamblaje del desarrollo espiritual con el tecnológico de la nortea ciudad de los Estados Mexicanos en la mejor propuesta del catalán Ferrater Mora quien aseguraba que el desarrollo técnico debía considerarse la base del espiritual, lo que se entiende tan solo con una sencilla explicación como la que él nos hace frente a las viejas reticencias sostenidas desde diversos grupos e ideologías.

La mano y el tiempo, el tacto y la duración son, efectivamente, dos *exclusivas* del cuerpo humano “descubiertas” al calor de la templanza de las primeras décadas, espacio de reflexión en aquellas tardes/noches del otoño mexicano. Hacerlo era enfrentarse con la naturaleza del propio hombre y su dimensión tripartita: intimidad, personalidad y espíritu frente a la compartida con los animales: psiquismo, interioridad e individualidad. Suponía revisar la historia de la filosofía centrada en el mirar o ver como el sentido principal que apenas mostraba la importancia del cuerpo en su relación con lo externo al propio ser y acentuar la importancia del “tocar” como forma de conocimiento. Sin embargo, Gaos deja fuera el gusto y el olfato pues, sostiene que “ni los olores ni los sabores parecen expresiones en el sentido del cuerpo, sus partes y los movimientos del uno y de las otras”. Y añade: “ni los olores ni los sabores son parte del cuerpo ni movimientos de ellas, sino cualidades de sustancias inanimadas, aun cuando sean emisión de los seres vivos; ni están con el cuerpo

8 GAOS, José, *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*. Prólogo de Teresa Rodríguez de Lecea. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1998.

del emittente en la relación en que está el aire de las expresiones audibles...⁹. Mas la mano tiene esta cualidad: pone en *con-tacto* directo el propio cuerpo con otro cuerpo o con otras cosas. Requiere de una distancia justa mientras los olores pueden percibirse a mayor distancia. Otra sería la reflexión que mereciera el gusto a la que Gaos no se entrega.

Le interesa, pues, la mano y, a ella y a su capacidad para la caricia, dedicó tres magníficas conferencias, sobre todo, a mi juicio, la segunda de ellas. En la capacidad de este órgano, liberado de tareas biológicas, radica que el hombre pueda realizar esa triple dimensión antes referida [intimidad, personalidad y espíritu] como constitutiva de lo humano. Gaos muestra estar muy al día en los estudios de la antropología fisiológica acerca de las relaciones entre la mano y el cerebro por su capacidad de pinzar como función básica de la escritura, el dibujo, la pintura, de agarrar, soltar, fabricar instrumentos, jugar...¹⁰ del pensamiento, en definitiva. Habla de una mano, la humana, que diferencia de la mano animal; habla de los seres “bímanos” frente a los cuadrúmanos. “El número de las manos está relacionado, en efecto, con la diferenciación cualitativa de la “mano” relativamente al “pie”. Por supuesto, es sabido que la falta de función biológica tuvo que ver con “el alzarse definitivamente del suelo” y esta nueva posición fue la que facilitó que la mano se convirtiera en una exclusiva del hombre, que constituya al hombre mismo como humano, ya no solo como un ser inscrito en la naturaleza sino como creador de un universo propio.

Ese universo propio, creado por el tacto, crea, a su vez, la doble dimensión subjetiva y objetiva de cada uno de nosotros al igual que la, también doble dimensión, de la individualidad y la sociabilidad. La mano que toca, palpa, tantea, que se toca, se palpa y tantea el propio cuerpo nos crea como sujetos; al tiempo que la mano que es cogida, defendida, atacada, tocada, palpada por otra de “distinto dueño” nos hace objetos. O, para ser más exactos: ser sujetos y objetos al mismo tiempo respecto de nosotros mismos. Llega Gaos en su reflexión, y apoyándose en Aristóteles, a identificar la mano con el alma, “instrumento de instrumentos”, al servicio de la dignidad del hombre en sintonía con lo manifestado por Pérez de Oliva en el diálogo del mismo nombre (donde, por cierto, reflexionaba sobre las ventajas de tener manos y no alas, por ejemplo)¹¹.

Aquel órgano que la naturaleza dejó sin función específica ha venido a convertirse en la base del poder por su ductilidad, por su flexibilidad y ha venido a crear lo que el hombre tiene de más humano, de “humanidad”. ¿Cuál es el sentido de esa humanidad? Gaos lo dice así y difícil es decirlo mejor: es “el sentido más restringido y elevado, a la vez, de un peculiar refinamiento, distinción y excelsitud de la humana naturaleza, ya no común por igual a todos los hombres, sino exclusiva de aquellos que han subido a una cierta cultura: la de la mano, la mano ociosa, son a una causa y efecto y manifestación de esta peculiar *humanitas*”¹². No bastaría, por tanto, tener manos para ser humanos sino que es necesario educarlas, es decir, son necesarias las manos educadas, vendría a decirnos, para que sean “más propia y plenamente” al servicio de lo que él llama “un saber de singular significación”. Y aquí, en el sentido y en la expresión, se centran las claves que conforman el ser humano. A ello se

9 GAOS, José, *Del hombre*, v. XIII, O.C., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 51. El curso corresponde a 1965.

10 V. D'ORS, Eugenio, *La filosofía del hombre que trabaja y juega* (1914) donde muestra cómo el ser humano necesita la tercera dimensión: *homo sapiens*. Madrid, Libertarias, 1995.

11 PÉREZ DE OLIVA, *Diálogo de la dignidad del hombre*, Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, s/f. Los estudiosos sitúan esta obra como anterior a 1531, año del fallecimiento de su autor.

12 GAOS, J., *Dos exclusivas...*, *op.cit.*, p. 38.

dedicó no solo el propio Gaos sino también otros filósofos como Nicol, autor de una *Metafísica de la expresión*¹³, y la propia María Zambrano cuya figura recibió especial tratamiento en este volumen.

Mas si hay una expresión que aglutine todas esas funciones que humanizan esta es, para Gaos, la *caricia*. Dos conferencias enteras dedicó nuestro autor a este detalle y se hace imposible resumirlo en unas pocas líneas. Sea esta intervención mía una invitación a su lectura para quienes no lo hayan hecho o a la relectura en el caso de ya conocer estas páginas del Gaos de apariencia circunspecta, algo calvo, gafas de pasta, sesudo profesor y algo misógino, según nos desvela Aurelia Valero¹⁴ en su estupenda monografía, que concentra aquí todo un tratado de antropología filosófica sin renunciar a la poética, porque es imposible que así suceda si se quiere ser verdaderamente humano, porque se centra en la capacidad de expresión, lo que quiere decir que el hombre no es reducible a solo conciencia. La intimidad exige la expresión. Lo sabemos desde los místicos del XVI y Gaos, buen historiador, bien que lo tuvo en cuenta.

Toda una descripción pormenorizada de la caricia: desde el uso de la mano que permitió no ser pezuña o piel rugosa o seca o húmeda en exceso, hasta alcanzar la lisura pues sin esa cualidad física no es posible la caricia; el ritmo ni lento ni rápido, ni repetitivo en exceso; o la forma, ni excesivamente extendida ni cóncava pues “dedos y palma han de ponerse *extendidos*, pero *no del todo*, sino en una cierta *concauidad* que se adapte a la *convexidad* de la superficie acariciada”¹⁵. Si cada caricia es única ha de serlo cálida pues es en ese encuentro de “la mano que acaricia y de la superficie acariciada” donde vendría a concretarse por qué la mano es imprescindible (es mano porque acaricia); al tiempo que el hombre encuentra su razón de ser en un punto sutil, frágil y sólido, instante y duración (permanencia) que se opondría a la necesidad del uso de cualquier argamasa física pues la caricia se opone al negocio, es decir, al contrato legal. Habla de una cultura de la caricia, ¿debemos aprender a acariciar? Pues, efectivamente, porque cuentan la presión, la duración, rapidez (fugacidad) o lentitud (duración), porque puede ser superficial o profunda... Lógicamente hablamos, lo hace Gaos, del amor como constitutivo de lo humano y son varias las páginas dedicadas a una fenomenología del amor, sus grados, el verdadero y el falso, el sincero y el mentiroso, el sexual, el filial, el maternal...

En la caricia se manifiesta, pues, la vida mas no cualquier vida (psique, interioridad, individualidad) sino la humana que, como decíamos anteriormente, consiste en ser: intimidad, personalidad y espíritu. “Se acoge con la mano, porque se acoge con el corazón, con el alma, con el espíritu, en rigor, exclusivamente con este último” (...) “la mano que acaricia acoge el objeto acariciado en la intimidad personal, espiritual de la persona cuya es la mano. La caricia es intimidad entre personas como tales. Íntimas caricias son *todas* las caricias”, concluye Gaos¹⁶. Era lógico que tirara de este hilo y desarrollara una segunda conferencia no solo sobre la mano que acaricia sino sobre los sujetos de la expresión y es en ella cuando deja al ser humano en el umbral del orden sobrenatural que él define como sobrehumano porque la caricia nos manifiesta esa doble estructura del hombre que le saca de un exclusivo orden natural para situarlo en uno de estos dos: el sobrenatural humano o, incluso, el que denomina sobrenatural sobrehumano. Claro, esta duda le exige la reflexión sobre el tiempo humano y le obligó a buscar una salida a esa duda a la que dedicó las dos últimas conferencias.

13 NICOL, Eduardo, *Metafísica de la expresión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

14 VALERO, Aurelia, *José Gaos en México. Una biografía intelectual (1938-1969)*, El Colegio de México, 2015.

15 GAOS, J. *Dos exclusivas...*, *op. cit.*, p. 43.

16 *Ib.*, p. 53.

Más plúmbeas, menos claras que las dedicadas a la caricia pero no menos interesantes. No hacía falta que el propio Gaos citara el famoso pasaje del inicio de *El Criticón* de Gracián (autor que figuraba en sus programas de Historia de la Filosofía) para que supiéramos que estaba en la base de su reflexión sobre la vida humana como realidad temporal: recuérdense las palabras del náufrago Critilo que representa a quien es capaz de discernir la verdad de las cosas frente a Andrenio, el hombre común carente de la prudencia que proporciona el conocimiento: “¡Oh vida, no habías de comenzar, pero ya que comenzaste, no habías de acabar!” Hasta aquí cita Gaos al final de la primera de estas dos conferencias, pero Critilo continuaba su reflexión mientras braceaba contra las olas con una mención desesperada ante la finitud: “No hay cosa más deseada ni más frágil que tú eres, y el que una vez te pierde, tarde te recupera...”¹⁷. Mejor no puede expresarse la dimensión exclusiva del tiempo humano. Si en la primera parte se plantea el supuesto sinsentido de que algo comience sabiendo que acabará: ¿para qué el esfuerzo del nacer?; la segunda parte muestra las bondades de la vida para merecer ser vivida. Claro, hablamos de una vida temporal, construida de momentos desde el presente como el único tiempo real, hacia atrás y hacia delante, y eso nos conduce a tener que ser dueños del tiempo y por eso lo contamos, lo dividimos y, por ello también, mantenemos una relación con esa “realidad” como ningún otro ser la tiene. El lenguaje coloquial tiene muchas expresiones que así lo prueban: “tener tiempo”, “hacer tiempo”, “ganar” o “perder” el tiempo, “pasar” el tiempo o... hasta “matar” el tiempo. ¿Qué le cabe hacer a la filosofía en este punto? Gaos señala que potenciar las experiencias contenidas en esas expresiones creando una especie de bucle que haga que no solo vivamos en el tiempo sino que lo sepamos así. Al saberlo, hacemos del tiempo una realidad nuestra, humana, con principio, con horizontes: la historia es un horizonte de posibilidades, recordó una vez el novelista mexicano Carlos Fuentes, citando a Mercedes Cabrera, una historiadora española que es, no en balde, sobrina nieta del gran físico Blas Cabrera, otro exiliado ilustre, fallecido precisamente en México poco después de que Gaos dictara estas conferencias. Ello quiere decir que no basta con quedarse en la reflexión sobre la temporalidad de la vida, sobre lo fugitivo que era la idea del barroco sino apuntar a lo duradero por temporal que sea, pues “cabe hablar de *más y menos temporal* también en otro sentido: en el de que la duración de un ser sea más o menos *suya*, de que el tiempo, en general, sea más o menos *propio de él*”¹⁸. Y esta es la forma de afrontar el tiempo como filósofo del XX pues ha llegado la hora de comprender que la fugitividad se impone al hombre dividiéndolo en momentos; esta manera de ser dueño del propio tiempo invierte la relación convirtiendo al ser humano en dueño del tiempo (tener, hacer, ganar, perder, etc.) de tal manera que su vida le pertenece en la continuidad de lo hecho, lo que hace o lo que queda por hacer. Es el tiempo racionalizado que llamamos historia en una línea orteguiana que, casi con seguridad, hizo de Gaos el mejor de los historiadores de la filosofía de los exiliados. Solo como historia el tiempo es exclusivo del hombre.

Si la mano elevada del suelo nos permite la relación transversal con los iguales, el tiempo histórico nos da continuidad, reconociéndonos individual y socialmente y permitiendo el diálogo con quienes nos precedieron y hasta con quienes vendrán. Por tanto, ambas exclusivas son la base sobre la que se construye la humanidad pues ambas son formas de continuidad, la del tacto y la del

17 GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*. Introducción de Emilio Hidalgo Serna. Edición de Elena Cantarino, Madrid, Espasa Calpe, 1998, p. 66. Es sabido que las tres partes de esta obra fueron escritas en 1651, 1653 y 1657.

18 GAOS, J., *Dos exclusivas... op. cit.*, p. 70.

sentido del tiempo. Quizá hoy podrían ser matizadas a la vista de las investigaciones sobre animales como las realizadas por el anglo español Felipe Fernández-Armesto en su ensayo *Un pie en el río. Sobre el cambio y los límites de la evolución*¹⁹, pero esto es ya otra cuestión. También podríamos decir que esta visión del ser humano no difiere tanto de la que Zambrano había comenzado a apuntar antes de salir de España y que consistía en defender que quizá la filosofía había renunciado innecesariamente a cualidades que son “exclusivas” del hombre en aras de apuntalar la racionalidad como “exclusiva”. Esta, también, sería otra línea de reflexión. O la que continuó Luis Villoro, discípulo de Gaos, en sus comentarios a Husserl²⁰; y en España los trabajos coordinados por Sergio Sevilla y Manuel E. Vázquez: *Filosofía y vida. Debate sobre Gaos*²¹.

Dejemos, en todo caso, la idea fundamental que se desprende de unas y otras, coincidentes en la exclusiva del hombre: no es simplemente que mientras hay vida hay esperanza, es que no hay vida *humana* sin esperanza. Quizá hay que haberla perdido en algún momento para darse cuenta de que es imprescindible. La reflexión filosófica de José Gaos encontraba el fundamento en su propia vivencia. Por eso creo que es auténtica. No sorprende, pues, que, algunos años más tarde, Eduardo Nicol escribiera estas palabras al hilo del curso que se desarrollaba en la Facultad de Filosofía y Letras sobre “El mexicano y la cultura”: “Terrible cosa fuera, esa de perder el alma en la prosperidad del cuerpo. Ejemplos no faltan. ¿Quién podrá decir qué le conviene al cuerpo, si antes no decide a qué fin se destina el cuerpo mismo?²²”

19 Madrid, Turner, 2016.

20 VILLORO, Luis, *Páginas filosóficas*, México, Biblioteca Veracruzana, 2006.

21 Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

22 NICOL, Eduardo, “Reflexión sobre lo mexicano”, Diario *Novedades*, 25 de febrero de 1951. Recogido en NICOL, Eduardo, *Las ideas y los días*. Arturo Aguirre (compilador), México, Afinita Editorial, 2007, p. 341.